

EN LA MIRADA DE GUITA SE QUEDÓ ANCLADA MI MEMORIA

Mariángeles Comesaña*



27 de agosto de 1968, manifestantes cuestionando el autoritarismo del gobierno a través de mantas.



Por dónde empiezo, cómo le hago para encontrar aquel espejo donde veía el cielo amoroso de mis 20 años, repletos de apetitos para comerme el mundo?

¿Dónde quedó el hilo de la madeja, de ese tiempo sin tiempo que nos hacía decir soy del sesenta y ocho como si fuera una nacionalidad de un país inventado en el mapa de nuestros sueños? ¿Dónde quedó la tierra del '68? Sus calles llenas de jóvenes convocando a la unidad, queriendo hacer de los hoteles lujosos, hospitales para la seguridad pública; llenando las banquetas de promesas que auguraban cambiar el mundo.

Escribo y llegan a mi memoria imágenes dispersas: aparecen poemas de García Lorca, Neruda, Miguel Hernández, Efraín Huerta, Atila Josef, Fernández Retamar, saliendo de un mimeógrafo instalado en un cuarto pequeño de la casa de Silvia Gómez Tagle, para ser repartidos en los mercados, en las cantinas, en los camiones, en las calles, a la manera de Gabriel Celaya, como armas cargadas de futuro.

Aparece la voz de Javier Guerrero, dándonos una clase improvisada sobre historia de los movimientos sociales. Aparece el estacionamiento del museo de Antropología lleno de coches desmantelados, saqueados por la policía; libros y papeles, apuntes y volantes rotos en el piso.

Llegan a mi memoria los burócratas, que obligados a ir al zócalo a manifestarse a favor del gobier-

no, una vez ahí, en un acto solidario con los estudiantes, se les ocurrió balar como los borregos, para que quedara muy claro que habían ido acarreados.

Luego el zócalo oscuro sin alumbrado público y un tanque a punto de arrollar a uno de nosotros... Aparece la puerta antigua de San Ildefonso, destruida por un bazucazo.

La Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) era el punto de encuentro del movimiento estudiantil. De esa orilla del bosque de Chapultepec salieron la mayoría de las manifestaciones, de ahí salimos en silencio absoluto, con los puños en alto, miles y miles de personas hasta llegar al zócalo donde nos recibieron tañendo las campanas de catedral.

Fue el día que las brigadas de Antropología aprendieron la ardua tarea de organizar a las masas...

Las calles, las reuniones, las palabras que compartíamos construyeron los códigos de una identidad que convertimos en escudo, con la certeza de que éramos invencibles. Ningún arma por más potente que fuera podía competir con el amor y la pureza que destilaba nuestro instante.

Tiene razón Marcelino Perelló cuando dice que antes de los años sesenta la vida era en blanco y negro: las sábanas blancas, los teléfonos negros, la televisión en blanco y negro, los calzoncillos blancos, etcétera, etcétera. Lo cierto es que en los sesenta algo cambió; fue apareciendo en la vida cotidiana



13 de agosto de 1968, manifestación estudiantil.

* Mariángeles Comesaña es antropóloga y poetisa. Labora en la Facultad de Economía de la UNAM.



27 de agosto de 1968, manifestación para exigir a las autoridades la liberación de presos políticos.

una atmósfera colorida, luminosa, liviana, es decir, sin el peso en la espalda heredado de la posguerra.

De las voces y las letras que cantaban Pete Seeger, Joan Báez, Bob Dylan, Peter, Paul and Mary, Paco Ibáñez, Raimón, salían himnos llenos de árboles, lluvia buena, respuestas en el viento, flores que se filtraban por todos los poros de esos años como aire respirable.

La década de los sesenta quiso cortar de tajo con el oscurantismo, decidió por la alegría y borró aquel miedo a la trasgresión de las formas, que necesitaba de manuales de urbanidad y buenas maneras para convivir en sociedad.

Teníamos muy claro en la piel que el Che Guevara nos estaba mirando desde sus montañas, que el nombre de Ho Chi Minh significaba valentía, que los gringos tenían que irse para su casa, que el asesinato de Julián Grimau por Franco en España era una atrocidad. Hechos que señalaban los límites, gotas que derramaban las corrientes, puntos de referencia que marcaban lo inadmisibile.

Ya conocíamos las tanquetas, ya habíamos recibido los manguerazos de los antimotines en el Hemiciclo a Juárez, ya sabíamos que los pañuelos con vinagre ayudaban a resistir los gases lacrimógenos.

Algo estaba pasando en el silencio, algo muy poderoso se movía en la sangre de los jóvenes con una fuerza insospechada que brotó en el otoño de 1968.

Salir a la calle

Salir a la calle, se traducía en ganarla, apropiarnos de sus banquetas y hablar, señalar que estábamos

presentes, que había muchas cosas que decir, que era urgente comunicarlas.

Repartimos volantes por toda la Ciudad, los poemas iban de mano en mano, de colonia en colonia. Durante los tres meses del movimiento estudiantil viajaron desde la Villa de Guadalupe, hasta Bellas Artes, se quedaron en las esquinas de la colonia Industrial y de la Lindavista, recorrieron las fábricas de Vallejo, tapizaron Reforma y Av. Juárez.

En los mercados la gente nos decía:

-Aquí no aparece lo que piden los estudiantes
A lo que respondíamos con una seguridad inobjetable:

-Léalo usted bien y verá que sí

-Ahí dice muy claramente lo que pedimos los estudiantes

Entonces se organizaba de inmediato un minirecital y nos dábamos vuelo leyendo nuestros volantes.

Me queda la palabra

Si he perdido la vida, el tiempo, todo
lo que tiré, como un anillo, al agua,
si he perdido la voz en la maleza,
me queda la palabra.

Si he sufrido la sed, el hambre, todo
lo que era mío y resultó ser nada,
si he segado las sombras en silencio,
me queda la palabra.

Si abrí los labios para ver el rostro
puro y terrible de mi patria,
si abrí los labios hasta desgarrármelos,
me queda la palabra.

Blas de Otero



13 de septiembre de 1968 en el Zócalo.

La brigada Miguel Hernández era una de tantas, no teníamos que ver con las cúpulas; éramos de la tropa y teníamos demasiado trabajo para pensar en algo que no fuera el mimeógrafo, bien entintado, el periódico mural de la escuela ordenado y simétrico, las conferencias de Javier Mena, uno de los estudiantes más brillantes de la ENAH, y las charlas que daban algunos profesores que se volvieron nuestros aliados y cómplices: Guillermo Bonfil, Mercedes Olivera, Margarita Nolasco, Arturo Warman, Eduardo Matos y Daniel Cazés.

Se dice que en esos tres meses cambió México, al mismo tiempo que en otras partes del mundo se producía un cambio importante. Se habla de un tiempo parte-aguas que dejó huellas imborrables en la estructura política y social de nuestro país.

En mi caso particular ¿era de pronto una consecución de la historia familiar? ¿una extensión de la guerra civil española que protagonizábamos ahora los hijos de aquellos refugiados que llegaron a México en el año '36?

No lo sé, pero aquellos tres meses fui consecuente con la organización Mariana Pineda a la que mi madre pertenecía en donde se juntaba dinero para los presos políticos de Franco y para sus familias que pasaban hambre y frío, fui congruente con los siete años de cárcel que vivió mi padre a causa de la guerra civil española.

La medida de las palabras, por lo menos las que tengo disponibles en este momento de mi vida, no me alcanza para acomodar todo lo que vivimos en esos años, porque de ahí venimos, de aquello que parecía un juego de niños, hemos construido nuestra vida.

2 de Octubre no se olvida

Ciertamente el desenlace trágico de Tlatelolco no se olvida. En la Mirada de Guita se quedó anclada mi memoria; las dos estábamos de frente al edificio Chihuahua, las dos miramos al cielo al mismo tiempo, vimos los helicópteros, las luces de bengala, nos sonreímos, como si fueran los fuegos artificiales del 15 de septiembre; pero cuando Perelló dijo por el magnavoz:

-Son salvas, son balas de salva.

El terror se apoderó del escenario, y entre la balacera, empezó la desbandada.

A partir de ahí mi memoria es fotográfica; los ojos verde azules de Guita se pierden en el pánico, aparecen entonces sólo piernas corriendo, cuerpos que se tropiezan, humo o polvo o pólvora que deja una veladura gris en el aire, soldados que entran por las esquinas de la plaza, gritos que buscan una salida, un escondite, un hueco. Aparece una barda muy alta donde estaban colocadas las astas de banderas diferentes, y yo saltando al precipicio, una panadería, una tienda, una señora gritando, unos niños aterrados.

Aparezco no sé cómo en las escaleras del edificio 2 de abril, junto a mi queridísima amiga Brigitte Boehm de Lameiras; las dos subimos la escalera hasta el último piso, tocando todas las puertas de los departamentos; los pasillos del edificio se abarrotan de gente, mi espalda queda pegada por los empujones a la celosía que da a la plaza, siento un dolor intenso:

-Ya me dieron, le digo a Britzi.

Al piso, gritan unos jóvenes, todos al piso, al piso, una nueva balacera retumba en la tierra, una ráfaga de ametralladoras, más gritos, vemos cuerpos tirados, sombras de tanquetas del ejército entrando a la plaza.

El miedo borra los minutos, pasamos dos o tres horas en aquellos pasillos.

Luego las botas militares suben las escaleras y organizan en filas a hombres y mujeres separados, a empujones hacen subir a los más jóvenes a un camión de redilas

-¿Dónde los llevan?- preguntamos;

-Al campo militar No.1-

Salimos corriendo gracias a un soldado que nos pregunta si somos del mitote y Britzi como le llamábamos de cariño, con un temple de acero, se le ocurre decir que habíamos ido a comprar pan.

Corriendo llegamos a la avenida Manuel González por donde está el teatro de Tlatelolco.

Esa misma noche salimos con mi papá a buscar a mis compañeros a la cruz roja y a la cruz verde.

Yo tenía clavada la mirada de Guita perdida entre la muchedumbre, la figura de Miguel Ángel Salvoch que paso frente a mí como un relámpago, la de Javier, Maribel y Lucinda, Angelita, Gracia Leda, los integrantes de mi brigada Miguel Hernández.

Todos nosotros salvamos la vida, supimos después que una bala había rozado la frente de Salvoch y que había sido trasladado a la Cruz Verde.

La plaza quedó tomada por el ejército. Dijeron que los cuerpos habían sido llevados al campo militar No.1; dijeron que habían tirado al mar a muchos de los desaparecidos; dijeron que a las seis de la mañana una cuadrilla de limpieza había borrado con jabón la sangre de los muros y del piso.

En la corretiza perdí mi bolsa, donde llevaba una fotografía de mi tía estrellita y mi primo Toño, una piedra blanca transparente que había encontrado a la orilla de una playa en Veracruz y que me daba buena suerte, mi cartera con unos cuantos pesos, mi libretita de direcciones, un brillo de labios, mis lápices de los ojos, mi pluma, un frasco pequeño con un pañuelo empapado en vinagre, y los volantes con un poema del poeta húngaro Attila Josef.

No soy yo quien grita: es la tierra que ruga.

¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡El diablo ha enloquecido!

Escóndete en el fondo limpio de los manantiales,

Fúndete al cristal de la ventana,

Ocúltate tras los fuegos de los diamantes,

Bajo las piedras, entre los insectos,

Escóndete en el pan recién salido del horno.

Oh, tú, pobre, mi pobre.

Con el fresco aguacero fíltrate en la tierra.



27 de agosto de 1968, manifestación para exigir a las autoridades la liberación de presos políticos.